

incivil señalada por la intolerancia y la negatividad. Por esa razón, a pesar de haber sido considerado por algunos sociólogos culturales como un pensador conservador, con una fijación en la preservación de un *status quo* amenazado por las transfiguraciones de una modernidad carente de un horizonte definido, Ortega visualiza de modo progresivo y optimista no sólo la específica situación cultural española sino el desenlace último de la angustiada encrucijada del proyecto moderno en la que los hombres de su momento se vieron insertos al margen de su voluntad. A pesar de sus reservas y matizaciones, Ortega no cuestiona nunca de manera irrevocable la influencia benéfica de la metodología racional para elaborar principios –o ficciones– con una capacidad de convicción decisiva.

Además de su conocimiento del material crítico y su claridad, el valor principal del libro de van Ree es el establecimiento de un diálogo fructífero con Ortega y, a través de esa conversación con él, devolvemos un Ortega que sigue siendo discursivo ya que nos habla con una voluntad de integración, diaphanidad y serenidad que puede ser todavía productiva para la comunidad cultural española. Puede, además, servir, como se indica en *Ortega y el humanismo moderno*, para abrir una vía epistémica alternativa frente al desierto axiológico al que nos ha arrojado la emergencia abrupta y casi simultánea del desvanecimiento de las grandes utopías ideológicas y la indeterminación posmoderna. El libro de van Ree sitúa a Ortega en un medio internacional, con una bibliografía amplia y políglota que se extiende desde Cassirer y Jakobson a Bourdieu, Inman Fox y Germán Gullón y lo hace con una metodología estructurada y gradual y un lenguaje preciso. Debemos felicitarlos de la publicación de este libro en un momento en que es cada vez más necesaria la reactualización y nueva lectura de los iconos culturales del pasado desmonumentalizándolos y reaproximándolos a nosotros con una renovada urgencia.

Gonzalo NAVAJAS
University of California, Irvine

SALDAÑA, Alfredo, *Modernidad y postmodernidad: filosofía de la cultura y teoría estética*, Valencia, Episteme, col. Eutopías/Maior, 1997.

Existen muchos artefactos apropiados para el análisis y el diagnóstico de la salud de una época. Por ejemplo, puede medirse la fiebre de la ciudad en que sueñan los contemporáneos: la meticolosa óptica con que Benjamin disecciona la cotidianeidad del París de la segunda mitad del XIX dice más de las inquietudes reales que entonces atronaban que muchos de los documentos positivistas inspirados por la euforia que hipnotizara a unos y otros en aquellas décadas. También podrían tomarse como indicios de consistente solvencia los encanallados epistolarios o los testimonios de los poetas, quienes dictan la desnudez irreverente de las creencias que no tienen cobardía de crecer.

Pero acaso uno de los artefactos más reveladores sean las polémicas que, extendido su afán, se convierten en frecuente material de cambio. O, si se quiere, en evidencia de la pertenencia a un momento histórico. Banderas de antiguos y modernos en la larga hora de la primaria maduración de la conciencia moderna, banderas irritadas en torno a la cuestión del ateísmo en la segunda mitad del XVIII alemán, banderas amargas respecto a la soberanía popular en la inflamada Europa del XIX, y, en fin, banderas irreconciliables en la primera mitad de nuestro siglo en relación a esa contundente denuncia con que Sartre abriera el editorial del primer número de *Les temps modernes*: “tous les écrivains d’origine bourgeoise ont connu la tentation de l’irresponsabilité”.

Pues bien, si alguien tuviera el mal gusto de recuperar nuestra imagen, el alimento de nuestras conversaciones que no pasan de ser un lamento o una mueca a propósito de Munch, la atmósfera de los concilios letrados de los últimos treinta años del siglo XX, no podrá esquivar la polémica sobre el carácter y sentido de lo que conocemos como postmodernidad. Tres décadas. Pero nuestro tiempo se ha condensado. Técnica. Comunicación. Exuberancia. Noticias. Internet. El largo viaje de la carroza, y las pobres estrategias de la noticia que circulaba aromatizada con el almíbar de la clandestinidad y la sospecha del destierro, sustituidas por la osadía de la simultaneidad, por la retracción del horario. Tres décadas que resumen, desde la perspectiva de los acopios, medio siglo. La vida de un hombre, forzada.

Y cuando se contemple la indignidad del fin del milenio, y cuando se analice esta nuestra polémica de sobremesa y académica, crecerá el sobresalto. La confusión es inmensa. Toda polémica ya deviene irrisoria, ya que parece indudable que la reflexión sobre la postmodernidad ha alcanzado cotas insuperables de inelegancia intelectual y de insulsa coquetería. Confieso que abruma las miles de páginas dedicadas al asunto.

Y es por esto por lo que resulta meritoria la reflexión de Alfredo Saldaña: tejida a partir de un archivo, que es deudor de exigencias académicas, contribuye a plantear las preguntas que resultan pertinentes para cercar el problema de la postmodernidad. Las cuestiones fundamentales quedan cercadas. Veamos.

Qué cuestiones: sólo se centrará la polémica, radiografía posible para entendernos —si es que esto tiene todavía algún sentido—, cuando se solventen al menos dos cuestionamientos: 1. Que los inconvenientes de la Modernidad son signos excepcionales. 2. Que las producciones del gusto y de las urbanidades informales auguran crecimientos de euforia, y, muy en especial, que la llamada de la emancipación pudiera cobijarse, hoy, en los esfuerzos estéticos.

Pues bien, el enorme mérito de *Modernidad y postmodernidad: filosofía de la cultura y teoría estética* radica, en una primera consideración, en operar a partir de la percepción de los términos centrales de la polémica. Obra luminosa al respecto, que dialoga con Habermas, Eagleton, Jameson, Lyotard, para marcar la seguridad de lo que es fundamental, y de lo que es irrisorio.

Entonces, puesto que nos encontramos con un texto con el que se puede, al fin, dialogar, hablemos. Tal debiera ser la función de la crítica. Hablar de los textos que no dejan indiferentes. Que centran. Que representan un punto y aparte.

Quiero pensar a partir del punto 2 —en un juego de simpatía que A. Saldaña comprenderá, y que exige respuesta—. Lo reescribo entonces: las producciones del gusto y de las urbanidades informales, he escrito, auguran crecimientos de euforia, y, muy en especial, que la llamada de la emancipación se cobija en los esfuerzos estéticos.

Uno de los vectores de *Modernidad y postmodernidad: filosofía de la cultura y teoría estética* reconoce una cierta distancia entre varias expresiones de la Modernidad. “He hablado [...] de modernidad práctica y modernidad estética, de modernidad social y modernidad cultural”, se escribe (p. 47), para proclamar la distancia teórica que ha quedado postulada con anterioridad (cfr. p. 44). Irreprochable. Lo sabemos. El último y sorprendente exceso de la libertad se condensa en el arte, en esa primacía moderna de lo estético: temblorosa, saturnal, la vivencia estética alumbra e ilustra con su fulgor la modernidad, rindiendo tributo a su más específico valor, que no es otro, obviamente, que el despliegue y representación de la libertad. Así lo vieron quienes dedicaron atención al asunto: Hegel, al diferenciar en su *Estética* entre *Talent* y *Genie* para conceder a la gratuita imaginación un furor sorprendente, o Baudelaire, quien reconoce, refiriéndose a Delacroix en su crítica al “Salon de 1846”, que la soberana taumaturgia del arte se cuece “sous le ciel du cerveau”. La obra de Saldaña capta y describe con rigor y finura académica esta condición para, a la postre, presentar una fisonomía de la postmodernidad como herencia de la propia potencialidad moderna y para reubicar el fenómeno extremadamente complejo en que ha devenido como una exigencia natural e histórica, y en relación al cual Saldaña adopta una valiente posición crítica al llamar la atención sobre la urgencia de depurar la serie espectacular de propuestas.

¿Puede sostenerse la distancia entre la modernidad social y la modernidad estética? Desde luego que, como ha quedado dicho, la vivencia estética aparece como fuerte condensación del espíritu de la modernidad. ¿Puede reafirmarse tal diferenciación, lo que vendría a plantear la posibilidad de rescatar episodios, actitudes y efectos modernos, y, a un tiempo, clausurar otros? ¿O es precisa la tarea de revocación absoluta, como recomendada, por ejemplo, el Lyotard más irritado? Saldaña apuesta, y lo suscribe explícitamente en diversos lugares, por una consideración cercana al análisis y recetario de Habermas (cfr. pp. 109 o 129).

Es necesario introducir en este momento una breve reflexión relativa a la diferencia entre las efectividades modernas a partir de las cuales opera el trabajo de Saldaña. No estará de más recordar el *Manifiesto Comunista*. Y, ciertamente, no porque se conmemore en este año de 1998 una efeméride que no debiera pasar desapercibida, aunque siempre estemos tentados por este juego que Daniel Innerarity criticara con suelta ironía en un artículo de certera enjundia, sino porque encontramos en algunas de sus páginas, acaso las más olvidadas, una reflexión que considero debe traerse ahora a colación.

Como debiera ser sabido, Marx realiza un magistral análisis de la sociedad moderna en el capítulo I, donde refiere la espectacular catástrofe provocada por la dinámica abierta por la burguesía, amparada en su potencia para provocar novedades. Saldaña acepta este aliento: la modernidad crece en lucha consigo misma, escribe en diversas ocasiones. Y Marx certifica una teatralidad convulsa: la modernidad, que se alimenta de la producción positiva de libertades, ha venido a situarse en la condición del hechicero. El vuelo de sus criaturas se le escapa, los afanes de su producción se le escurren, pero, como hechicero, no puede sino provocar la fiebre de las producciones nuevas. Tal es su destino. Pero el hechicero sueña en su gabinete las vacunas. Nuevos espejismos, renovados prólogos. Y en la caverna figurada del hechicero se preparan los mejunjes más variados: políticos, económicos, jurídicos. Y estéticos.

Quiero expresar que la novedad, enfrentada a la tradición, afecta y es propia de todas las manifestaciones de la modernidad. Y que, entonces, es discutible la distancia que Saldaña establece entre modernidad social o política y modernidad estética. Digo: discutible. Aunque sea cierto que la velocidad de las alteraciones estéticas no sea paragonable a las variaciones económicas o políticas.

Si esto es así, no pareciera que lo estético sea diferente. Y, en consecuencia, que haya de cargarse en el haber de la modernidad sus valencias que vendrían a enmendar la plana a los acentos sombríos que obligan a dictar la explotación económica o la represión política, resultando entonces, es cierto, una valoración habermasiada de la modernidad que habría de aceptar la excepcionalidad de los desafueros. Me temo que estamos ante el núcleo de la cuestión, que señalaba anteriormente como la cuestión 1: ¿es posible diseccionar la geografía moderna para elogiar tales aspectos y reprobar otros?

Modernidad y postmodernidad: filosofía de la cultura y teoría estética no obvia el asunto. No podía ser de otra forma, si, como se acaba de afirmar, nos situamos ante el núcleo de la cuestión. Pues bien, ¿por qué confiar en los aspectos benefactores de la vivencia estética hasta el extremo de perfilar dos rostros de la modernidad —el social y el cultural, el político y el estético—?

Es a tenor de las conclusiones propuestas cuando se manifiesta la importancia de la obra, su vocación no romamente erudita. Saldaña quiere introducir luminosidad en el complejo debate, pero, sobre todo, provocar un reordenamiento del inmenso, variado y caótico capital postmoderno. Y lo hace apostando por una producción que sea capaz de incorporar a su lenguaje las invocaciones liberatorias de los discursos que, desde hace doscientos años, alertan sobre la posibilidad de hacer reales los sueños de los hombres y real la satisfacción de las necesidades. En tal sentido, *Modernidad y postmodernidad: filosofía de la cultura y teoría estética* concluye y se cierra como propuesta de realización utópica, como un texto político de prodigiosa finura y extraña, por lo inusual, valentía intelectual. Acaso, según sostiene Saldaña, la postmodernidad estética sea capaz de reintegrar los ideales emancipatorios a la desorientada sociedad civil. Pero no, según mi criterio, porque haya mantenido tal vocación a lo largo de la modernidad, sino porque, en el prodigioso movimiento inflacionario de verdades y representaciones, acaso sea la vivencia estética la que pueda recoger y agitar el mundo de las esperanzas contra el hechicero.

José Luis RODRÍGUEZ GARCÍA
Universidad de Zaragoza